

y por sacerdotes tan virtuosos como Tavira, Palafox, los Cuestas, Llorente y otros.

Diósele á Urquijo por sucesor á Cevallos casado con una prima de Godoy,—13 de Diciembre de 1800,—de esta manera se hacía más fácil el gobierno oculto de Godoy y éste no heredaba el gobierno en un momento en que había de hacerse impopular quien quiera que fuese que reemplazara á Urquijo encerrado ahora en la ciudadela de Pamplona, que de esta manera recompensaban los reyes de España á sus ministros cuando ya no los necesitaban.

Dicho se está que á la destitución de Urquijo siguió la de Mazarredo en su doble cargo de embajador y jefe de la escuadra que quedó al mando de Gravina, y que las escuadras españolas quedaron por expreso convenio que Luciano firmó con Godoy como generalísimo de las fuerzas militares de España á merced de Bonaparte. Otra ventaja más grande obtuvo Luciano y fué la de comprometerlos en declarar la guerra á Portugal, en la que debían tomar parte como auxiliares 15.000 franceses al mando de un general español,—29 de Enero de 1801.

La guerra se declaraba el 27 del siguiente Febrero, y Bonaparte enviaba á su cuñado Leclerc con los prometidos 15.000 hombres que se situaban en Ciudad-Rodrigo, mientras se formaban tres ejércitos españoles uno de 20.000 hombres en el Miño, otro de 10.000 para operar en los Algarves en Andalucía, y otro de 30.000 en Extremadura para entrar por el Alentejo. Del mando de todas las fuerzas se encargó el generalísimo, es decir, Godoy, á cuyas órdenes se negaron á militar los mejores generales españoles, Godoy estableció su cuartel general en Badajoz, y en el 14 de Mayo de 1801 dió una pomposa proclama que á todo el mundo pareció ridícula. Por su parte el príncipe regente de Portugal había reunido las milicias en número de unos cuarenta mil hombres y las había puesto al mando del duque de Lafoens.

Inglaterra como siempre excusó comprometerse en lo que ya sabía no había de ganar nada, así dejó de enviar sus soldados, por haberse negado el Portugal que ejerciera el mando en jefe un ejército inglés.

El primer fruto de la campaña fueron dos ramos de naranjas que los soldados españoles cortaron de los fosos en Yelves y Campomayor al penetrar el 20 de Mayo en Portugal. Godoy se los regaló pomposamente á la reina, y ya desde este día se llamó á la guerra, que todo el mundo presu-
guerra de las naranjas.

embargo, se derramó la sangre en más de un combate particularmente en Avronches, y quince bastaron para dominar todo el Alentejo salvo Yelves.

Ibase á cruzar el Tajo cuando los portugueses pidieron la paz, que Godoy se apresuró á conceder, y se convino sobre las bases siguientes: que Portugal cerraría á Inglaterra sus puertos lo mismo á los buques de guerra que á los comerciales, quedando unido para siempre á España el distrito de Olivenza. Fuera de esto España garantizaba á Portugal la integridad de sus posesiones todas. Carlos IV ratificó el convenio el día 6 de Junio de 1801. La campaña había durado diez y seis días.

Al mismo tiempo Luciano firmaba el que debía servir para poner en paz á Portugal y Francia, que Bonaparte se negó á ratificar, en vista de que España no se había quedado con prenda ninguna con que poder aparentar que algo se daba ó se cedía á los ingleses si venían á la paz. Así Saint-Cyr que vino á España al objeto de ver si era posible mejorar el tratado tuvo fuertes disgustos con los reyes y con Godoy, quien acabó ya por perder la paciencia por la insolencia de las reclamaciones del francés, y pasó á Luciano,—26 de Julio de 1801,—una enérgica nota reclamando mayores miramientos, declarábale que miraría como una violación del territorio toda nueva entrada de tropas francesas, y pedía que salieran las que habían entrado y que regresara la escuadra que estaba en Brest, indicando hasta la posibilidad de hacer la guerra con Inglaterra si se continuaba por tal camino. Godoy veía claro ahora que tenía el francés en casa y en armas el peligro que había previsto en tiempos de Urquijo. Hizose, pues, dar una amplísima autorización para la reorganización del ejército y de la marina, y no puede cabernos duda de que no se dispusiera desde luego para las eventualidades de una guerra contra los franceses,—6 de Agosto,—tanto más de temer cuanto que Azara, quién, naturalmente, había vuelto de embajador de España en París, escribía que el primer Cónsul le decía si los reyes, sus amos, se habían ya cansado de reinar. La energía con que se replicó á Bonaparte le hizo ver que no se temía la contingencia de una guerra que él por su parte no quería, pues, vencedor no le había de dar en Francia la popularidad que iba á ganarse si lograba la pacificación de Europa.

Bonaparte, pues, aflojó, y el 29 de Octubre se firmaba en Madrid,—29 de Octubre de 1801,—un nuevo tratado de paz entre Francia y Portugal que no contenía ventajas importantes respecto del primero, pero del que supieron sacar buenos y personales

provechos los que mediaron incluso el primer Cónsul muy necesitado de dinero para poder representar el papel de Príncipe. Las tropas francesas evacuaron la península antes de fin de año, no sin disgustos porque en todas partes eran mal recibidos y peor tratados.

El estado de guerra existía nominalmente aún entre España y Rusia, realmente solo entre España y Francia de una parte, é Inglaterra de otra. La situación política de Inglaterra era difícil. Pitt había conseguido poner en el mar 800 buques de guerra entre ellos 120 navíos y 240 fragatas montados por 120.000 marinos. Tenía además reunidos doscientos mil soldados sin contar las reservas locales, y el comercio del mundo era suyo, porque acababa de aplicar á la producción un invento colosal obra de sus ingeniosos y sabios hijos, el vapor, y el vapor había centuplicado su fuerza productora. Pero la guerra absorbía 1.723 millones anuales, y hay que calcular que esta cantidad representaría hoy el doble. Como además de esto se sabía que habían habido momentos favorables para la paz, la oposición se esforzaba y con provecho, en presentar á Pitt como el único obstáculo puesto para celebrarla, y como ya sabemos cuanto había repugnado Inglaterra la guerra, y á qué cúmulo de circunstancias se debió que fuera por momentos popular, los jefes de las oposiciones atacaban rudamente á Pitt, y como éste preveía que la paz no podía hacerse sin ventaja de Francia y perjuicio del ministro inglés que la firmara, no ponía ya el empeño de antes en conservar el poder, y menos cuando acababa de conseguir lo que poco tiempo antes se hubiera creído imposible, la unión de Inglaterra é Irlanda, buscándose por este lado una retirada que había de hacerle el hombre más popular de Inglaterra en Irlanda.

Ya hemos visto cuán resueltamente había entrado Pitt por el camino de las reformas. Ahora lo que quería era la unidad legislativa ó parlamentaria y la emancipación de los católicos. Reunió los tres parlamentos en uno, es decir, los de Escocia, Inglaterra é Irlanda, era dar ocasión á que influyeran sobre los destinos de Irlanda gentes menos prevenidas, menos interesadas que las que desde Dublin rechazaban todas las medidas liberales de Pitt. Pitt logró fácilmente ante el parlamento inglés lo que quería. La razón, la conveniencia y la elocuencia estaban de su parte. Pero en Irlanda no pudo pasar tan fácilmente, Cornwallis y Castlereagh se cansaban en vano. Para combatir la unión, uno de los grandes oradores irlandeses que había abandonado la Cámara se presenta de nuevo, pero Enrique Grattan fué

al cabo vencido, y el 10 de Febrero de 1800, después de un año de interminables discusiones se votaba el proyecto de Castlereagh por las dos Cámaras inglesas. El rey de Inglaterra lo sancionaba el 2 de Julio.

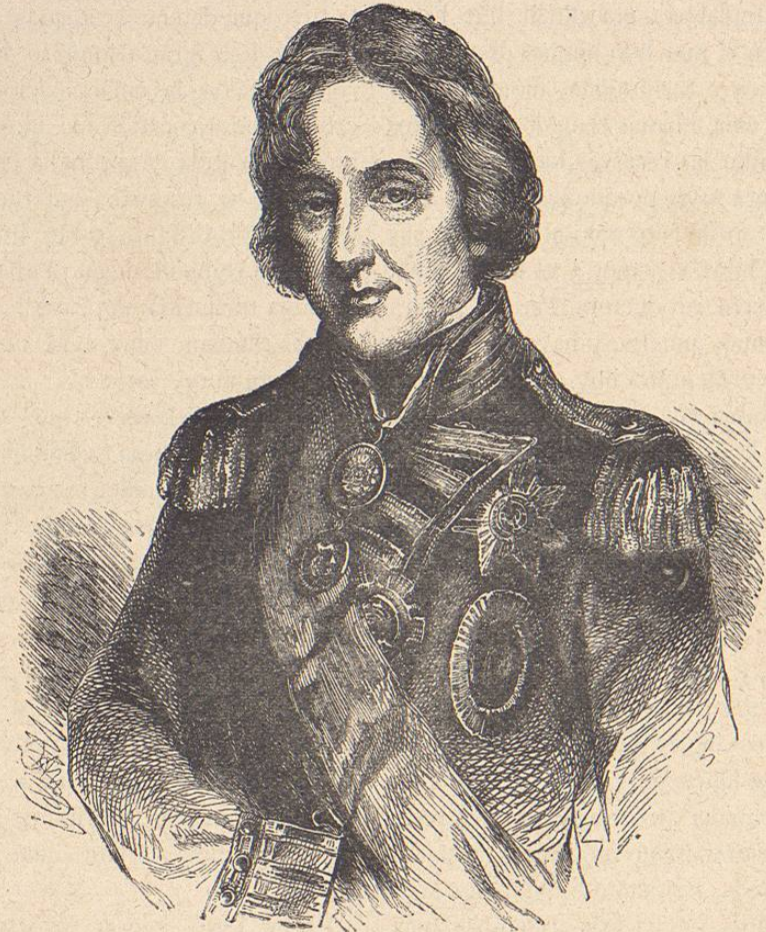
La unión de Inglaterra y de Irlanda quedaba hecha. Desde este momento Pitt no hubo de temer los desembarcos de los franceses. Inglaterra era invulnerable. Sotalon estaba ahora en la India, Bonaparte tuvo que detenerse apenas había emprendido su camino. Este gran triunfo lo había conseguido Pitt con prometer la emancipación de los católicos, y esta hermosa cuestión fué la que escogió para retirarse. Discutida y aprobada esta cuestión en Consejo, Pitt se reservaba enterar de ella al monarca ferviente protestante y tan intransigente en materias de fe como el mismo Papa de Roma. Empero se había traslucido algo, y los protestantes más fervientes estaban sobre aviso manteniendo en continua alerta al rey Jorge.

Viendo los irlandeses que se dilataba el cumplimiento de la promesa reclamaron, y lord Castlereagh temeroso de un conflicto pasó el mar y se fué á Londres para serciorarse de que Pitt se mantenía firme y que no se le había engañado. La llegada de Castlereagh fué, pues, el botafuego de la cuestión. El rey, presumiendo á lo que venía, declaró á Dundas, el amigo íntimo de Pitt, que se prestaría por enemigo personal suyo á quien quiera que fuese que osara arrancarle su firma para la emancipación de los católicos, y no se limitó ya á esto sino que como si fuera él el atacado, escribió y habló á los hombres más importantes para que hicieran disuadir á Pitt.

El rey Jorge cubría sus escrúpulos de religioso con el precepto constitucional. Había jurado fidelidad á la Constitución y no podía sin faltar á ella y á la unión de Escocia é Inglaterra emancipar á los católicos. Al efecto consultó á los hombres más competentes, y todos le alentaban á una medida de reparación tan necesaria por la tranquilidad del reino, y de antiguo ya exigida por el espíritu liberal de Inglaterra. Solo lord Longhborough, más cortesano que liberal y que hombre de conciencia, opinó conforme los escrúpulos del rey. Pitt, pues, tenía la partida perdida, pero como el rey le quería mucho, se resignaba á perdonarle, esto es, á conservar el poder, si Pitt se comprometía á no hablarle más de la cuestión. Pitt no podía continuar en el gobierno sin faltar á lo prometido á los católicos, retirándose cumplía su palabra, y lograba que estos no se impacientasen y esperasen otra ocasión más favorable.

Pitt, pues, dió su dimisión, y Jorge III tuvo que aceptársela el 5 de Febrero de 1801.

Las consecuencias fueron graves. El rey, cuya razón hacía mucho tiempo que vacilaba, principió por ensimismarse como si estuviera ocupado en un gravísimo caso de conciencia y no se le oía hablar más que de su juramento, recitando á cada momento los salmos, luégo acabó por delirar, la enferme-



NELSON

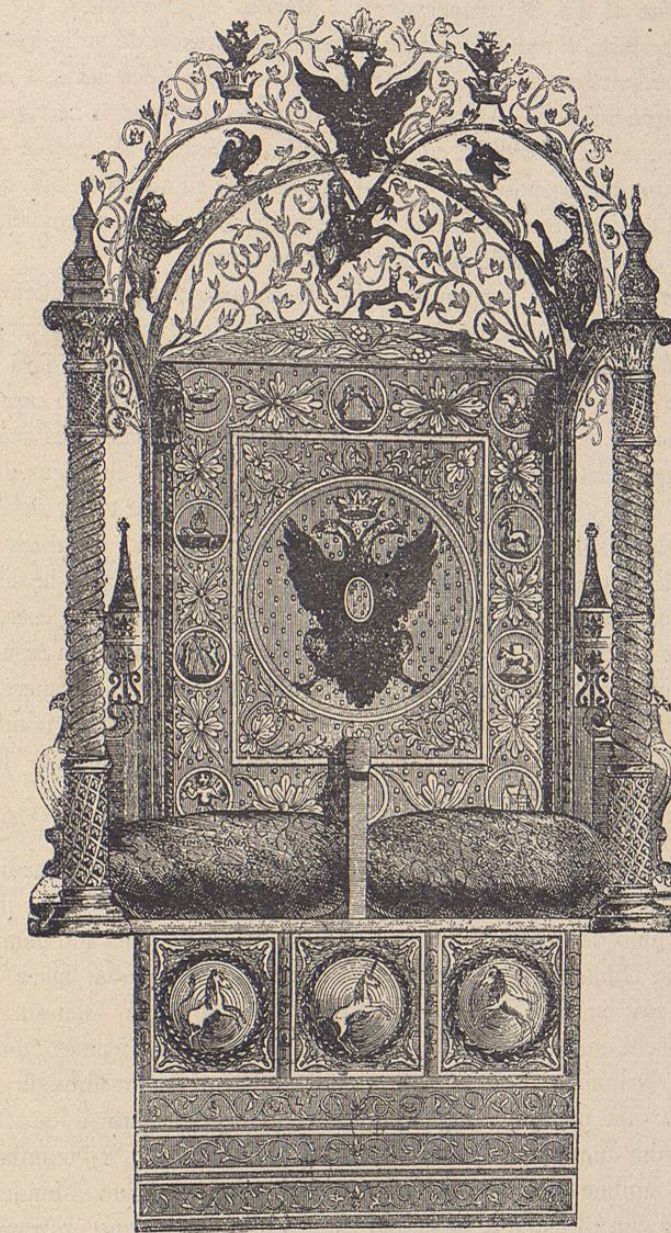
mo era empero incurable. Pitt se conmovió ante aquella prueba del cariño y de la enfermedad moral del anciano monarca y le escribió para asegurarle, que durante su reinado, tuviera él cargos ó no, no volvería á ocuparse de la cuestión de la emancipación de los católicos. El rey volvió realmente entonces de la muerte á la vida, y declaraba á todos que había recobrado su tranquilidad.

Hubiera ahora el rey querido que Pitt se encargara de nuevo del gobierno, y Pitt no se negaba á ello, pero Addington, que se había encargado del mismo á instancias de Pitt, le había tomado cariño á su cargo y se hizo sordo á todas las indicaciones. Los católicos enterados de todo aprobaron la con-

ducta de Pitt y resolvieron esperar su momento que no veían lejos. Pocos días después de los sucesos que acabamos de narrar, se recibieron en Londres noticias satisfactorias de la guerra, Pitt había enviado una fuerte expedición naval al Norte para deshacer la liga de los neutrales. Mandábala Parrker que llevaba de segundo á Nelson, pero en rigor fué éste quien dirigió las fuerzas contra Copenhague, empresa que se reputaba temeraria. Se forzaron los pasos y el 2 de Abril se abrió el fuego contra la escuadra enemiga y contra las baterías de la ciudad. Al otro día se hizo el desembarco, y la paz con Dinamarca fué un hecho. El Báltico quedaba abierto á los ingleses, lo

que contribuyó en primer término á decidir la separación de Dinamarca de la liga fué la terrible noticia que el príncipe regente de Dinamarca acababa de recibir. El czar Pablo había sido asesinado en la noche del 23 al 24 de Marzo.

Había Pablo I acabado por malquistarse con todo el mundo. Separado de su esposa, el príncipe heredero no podía ver la inmerecida desgracia de su madre sin pena; sus ministros, sus consejeros, sus cortesanos no estaban nunca seguros de que no irían á



Trono de Rusia

morir á Siberia, de todo recelaba y todo lo quería hacer por sí mismo. Así acabó por ser un tirano intolerable que no podía sufrir contradicción alguna, y esto que lo más probable era que lo que mandaba por la mañana, se modificase por la tarde y se anulase por la noche. Ahora su ruptura brusca con Inglaterra, y su amistad con Francia acabaron por exaltar el país que creía la miseria en puerta, y la

aristocracia resolvió acabar con él. El gobernador de Petersburg, Palhen, el ministro de Estado Panin, y el general Beningsen alemán al servicio de Rusia, consultaron al príncipe heredero, y éste consintió en que su padre fuera destituido. Esta revolución fué el remordimiento de su vida, pues habiendo penetrado de noche Pahlen y Beningsen con otros generales y oficiales en la estancia del emperador, éste